



# Víctor Quintanilla: abismo y éxtasis

Diego Álvarez y M. M., fotografías de Pepe Villalba

En la ciudad de La Línea, a la vista de todos, llamando la atención con sus perfiles a mitad de camino entre la ensoñación mudéjar, los guiños clásicos y el atrevimiento contemporáneo, se alza en busca de una vida plena el particular Xanadú de Víctor Quintanilla. Todos los que pasan por delante del edificio se refieren a él como el museo. Aún no lo es del todo, y no por falta de contenidos; pero intuimos que el tesón inquebrantable de Quintanilla conseguirá convertirlo en realidad victoriosa y palpitante. De hecho, esa realidad ya palpita con fuerza bajo la piel de su creador y ése es por ahora su asomo de victoria inalienable. En el interior del museo se respira una atmósfera que despierta la imaginación del visitante. Bocanadas de claridad se cuelan por sus ventanales y contrastan con oscuros remansos de paz y misterio que anidan en otras piezas del inmueble, como una metáfora de las luces y las sombras que todos llevamos dentro pero que en el caso de Víctor Quintanilla se convierten en rocosa paradoja existencial. Víctor es un artista total, lo que a veces se denomina un hombre del Renacimiento, pero al margen de atmósferas florentinas, el primer golpe de vista que te asalta en su santuario artístico resuena a martillo y soplete y germina en típica barahúnda acústica de taller en ebullición, y eso, tan alejado de la quietud de otros creadores, tan alejado de la existencia del propio Víctor cuando se desprende de los atributos de Vulcano, es así porque la obra más reciente de nuestro artista se aplica a domeñar el acero e integrarlo con otros materiales para insuflarle al conjunto un alma nueva. Pero, ¿hemos dicho artista? No es fácil que Víctor acepte

las etiquetas, por más razonable que resulte su aplicación, y contra ello se rebela, no siempre con argumentos convincentes porque ahí está su obra para desmentir cualesquiera veleidades negacionistas y convertirlas en pura hojarasca dialéctica. Y es que, al fin y al cabo, como todas las personas azotadas por la incompreensión, Víctor Quintanilla se siente remoto y extraño entre sus iguales, y se defiende protegiéndose tras unas máscaras que no excluyen el discurso desorientador: «No me considero un artista, sí una persona, o tal vez un extraterrestre, con enorme sed de aprender».





El día a día de Víctor es un no parar; las piezas que crea, por la complejidad de los elementos y la grandiosidad con que las concibe, le exigen, además de inspiración, fuerza y entrega total. Por eso responde a nuestras preguntas al tiempo que suelda un ojo de cíclope a una cabeza de animal, corta con la cizalla los bucles de un arlequín surrealista o rebusca entre la chatarra dos arandelas que le valgan de areolas a las tetillas de un San Sebastián estremecido y sensual. A los ojos de cualquiera, el taller de Víctor Quintanilla es un caos, pero algo que flota en el ambiente nos permite intuir que ése es un caos perfectamente organizado dentro del mapa mental del taumaturgo que le ha dado

forma. Preguntado por las esencias de su obra, el artista se extiende en un dibujo vistoso que no excluye los aires retrospectivos:

—Mi obra es la disciplina a través de la que llego a entenderme y entender a los demás. Es el espejo que atravieso, y que me lleva a escudriñar los recovecos de mi ser. Porque en definitiva lo que a mí más me importa es el saber. Utilizando objetos cotidianos, y representando personajes icónicos de España universalmente conocidos, con el aporte adicional de elementos simbólicos, les infiero un sentido reflexivo, a fin de remover conciencias y reivindicar el reto por la naturaleza. Con mis trabajos demuestro que los objetos, y todo en general, es lo que



es, pero también lo que la voluntad, aliada con la imaginación y la creatividad, les lleve a ser. Esto lo saben perfectamente los niños, sin ser conscientes de ello. Y lo sabemos los que hemos vivido en carencias. En mi infancia, cuando los niños éramos nuestros fabricantes de objetos para jugar, para divertirnos, para cumplir esa necesidad del individuo de investigar, de descubrir y dar forma y sentido a su vida y a su entorno, un cañaveral era siempre la fuente donde encontrábamos el material para fabricar un caballo, un arco, sus flechas, una espada, una flauta, una cerbatana para lanzar trompitos de eucaliptos, una choza de indios, una cometa, y todo lo que la imaginación nos alcanzara. Los mayores usaban las cañas largas para alzar los cordeles de los tendederos, para hacer sombreros y canastos, y los pescadores para los espetos con los que atravesar las sardinas, y así hasta el infinito. Con esta escuela es fácil entender mi obra, donde una cuchara puede ser un ojo, una oreja, una boca, una teta, una peñeta, un abanico, un collar, y si la combino con otros objetos, una piedad, una maternidad, un sin fin de posibilidades. Como la caña antes referida, es la base para expresarme, para dar salida a mi imaginación.

Aprovechando el ejercicio de echar la vista atrás que nos ha propuesto el entrevistado, queremos conocer detalles de su infancia e influencias que de ella registra su obra. En ese terreno, Víctor parece sentirse cómodo y vuelve a regalarnos un torrente de imágenes y sensaciones. Diríamos que dibuja más que habla en su respuesta:

—La niñez es el tiempo de mayor importancia en nuestra existencia. Los escenarios donde se desarrolla y las circunstancias y experiencias que gozamos o sufrimos en ella, son de capital importancia. Son los cimientos, las claves con las que creamos estructuras que definen el edificio final: nuestro estilo, nuestras tendencias en definitiva. La niñez es el taller donde forjamos nuestro carácter, con todo lo que ello

significa. En mi caso, nacer a la sombra de la esfinge, de la fálica y enigmática Roca de Gibraltar, frente al continente africano, gozando y sufriendo el efecto de los vientos, las atmósferas cambiantes producidas por Eolo, han tenido indudablemente su influencia. Criarme en las arenas de los huertos y dunas de La Línea, donde niños y jóvenes gozábamos espacios hoy día desgraciadamente desaparecidos, cambiados por estuches de hormigón que son pajarras. Espacios que se abrían al aire y a la luz del día, y a la inmensa oscuridad de la noche. En esas noches, mirando hacia el cenit descubría la infinitud de estrellas que pueblan el cielo, llevándome a soñar y a preguntarme qué habría allí arriba, tan lejos. El deseo de descubrir los misterios de esos puntos luminosos me llevó a elevarme, a intentar volar, pero solo con la imaginación lograba la ingravidez de mi cuerpo y el placer de surcar los espacios. El tejado de mi casa, del que soñaba arrojarme para ese vuelo,





era mi atalaya, la atalaya desde la que observaba el mundo circundante. Al vivir en la carretera del cementerio, arteria principal de la ciudad, tenía la oportunidad de ver el espectáculo de la vida y la muerte en todas sus manifestaciones. Mi niñez fue tan intensa, me dejó tal impronta, que las banalidades me hacen aislarme en mi torre de marfil, donde con la alquimia que transmuta el plomo en oro, doy forma a los metales sacándolos de su contexto, para crear un lenguaje nuevo con el que expresarme, porque, en definitiva, de lo que se trata es de engendrar y parir. Este es el sentido de la vida, nacer y morir constantemente, eternamente, porque la nada, que es de dónde venimos, en el movimiento, en la rueda de la vida, nos lleva al todo, y el todo es la nada. Todo existe, porque nada existe. La nada es la sombra del todo. El todo es la antítesis de la nada, como un punto que al multiplicarse en el movimiento, dibuja y crea todo.

Cuando insistimos en la indagación de influencias, referentes y otros alimentos capaces de estimular la creatividad, surgen testimonios adicionales que ayudan a concretar el asunto y abandonar momentáneamente una peroración que vira hacia filosofías quizá demasiado resbaladizas. Víctor se muestra a menudo mitad santo, mitad demonio en sus ineludibles teatralidades, pero se vuelve más figura de carne y hueso que nunca cuando rememora las imágenes de su pasado. Y hasta entrecierra los ojos al hablar como si así agudizara la contemplación de lo que el tiempo dejó ya muy atrás.



—Mi obra responde a esas inquietudes que desde niño me hacían pensar. Responde a las preguntas que a lo largo de mi vida me hice sobre el entorno que no llegaba a comprender. A buscar el origen de las cosas. A observar constantemente con la vista y con la intuición, que es otro tipo de mirada y de percepción. Buscando en el silencio ser microscopio, ser vigía que otea desde las altas almenas del castillo, ser hechicero y alquimista que busca la transformación de los metales, o más bien conocer el secreto del cambio. Porque el mejor tesoro es el conocimiento, que es capaz de transportarte al infinito sin moverte del mismo sitio. Porque el conocimiento te da el don de la ubicuidad, y porque el conocimiento es el imán que atrae hacia sí mismo el conocimiento. En definitiva, engendro y parto de sí mismo. He sentido y siento pasión por varios artistas. El primero fue Leonardo da Vinci, luego Miguel Ángel, Bernini, Caravaggio, Velázquez, Murillo, Sorolla, Fortuny, Picasso, Dalí, El Bosco, y también Fellini, Pasolini, y un largo etcétera. Admiro a todo aquel que realiza un trabajo bien hecho, sea o no conocido, se dedique a las artes o a cualquier otra actividad. Admiro enormemente a las personas que tratan de dar lo mejor de ellas en cualquier faceta de la vida. Admiro a las personas sencillas, naturales, correctas y respetuosas. Detesto a los fulleros, a los embusteros, a los trileros que caminan siempre con doble intención, que como en el cuento del lobo y los cabritillos, cambian de voz o de color de piel para obtener sus perversos fines. Soy extraor-

dinariamente sensible, y al mismo tiempo totalmente antisocial.

En el día a día, Víctor se muestra muy crítico con ciertos aspectos de la sociedad contemporánea, sobre todo en lo concerniente a la falta de urbanidad en las personas, las carencias éticas de cierta clase dirigente, el escaso respeto de la gente por la Naturaleza, etc. Nos interesa saber si esas preocupaciones tienen reflejo en sus creaciones, pero una respuesta corta nos induce a pensar que esa línea de exploración quiere nuestro interlocutor darla por extinguida: «Obviamente, un naranjo da naranjas, como un limonero limones; así, cada árbol su fruto. Al igual que los actos, deseos, reflexiones y preocupaciones reflejan a la persona, mi obra es reflejo de mí, y falsearla no se sostendría».

Dirigimos, pues, nuestras preguntas en otra dirección. Todos asociamos la imagen pública de Quintanilla a una fuerte componente teatral. A menudo se disfraza, hace gala de una gran capacidad para la expresión corporal o maneja una retórica que se adentra sin remilgos en las incursiones de intencionalidad muy histriónica. Queremos saber si tras esos recursos expresivos hay deseo de provocación, afán de singularidad o herramientas inteligentes para enfatizar los mensajes.

—Todo lo que he hecho y hago son explosiones, son gestos de las mismas preguntas, y el deseo de alcanzar respuestas. Las preguntas a la existencia, al espectáculo trágico-cómico, esperpéntico, surrealista, divino, maravilloso y horrible de la vida. Actor y espectador, creador y objeto creado, aire, tierra, agua, fuego, nada y todo, todo y nada, luz y oscuridad, abismo y éxtasis, búsqueda y encuentro, final y principio, rueda en constante movimiento, eterno movimiento de un punto que siempre está en el mismo lugar: el deseo de comprender lo incomprendible.

Dice Víctor de sí mismo en otro momento: «Víctor Quintanilla Raigón es un ser que navega por el tempestuoso río del destino, en la nave

frágil de la vida, pero al igual que los salmones, nada contracorriente, buscando el origen de la existencia. No quiero ser actor o figurante que repite el guión de una historia escrita. Quiero saber quién escribió esa historia, y por qué, y para qué». Añadiendo más adelante que es, o quiere ser: «Espontáneo y hermético, múltiple en mi unidad. Con total capacidad de adaptación, y, al mismo tiempo, inadaptado. Extremadamente trabajador, extremadamente luchador, extremadamente extremo. Y, por tanto, extremadamente insoportable». En cuanto a cómo le gustaría ser recordado, apostilla: «Nada en



el Universo es ni está para ser recordado, ni nada lo pretende. Yo soy yo con mi naturaleza, cumpliendo con mi destino, lo demás no me pertenece».

Para descender de lo trascendental hacia otros derroteros más comunes, pero no menos definitorios del contacto del artista con las formalidades del mundillo artístico contemporáneo, requerimos su opinión acerca de las novedosas políticas expositivas a las que se abren ahora los museos. Pero ese descenso desde las regiones etéreas se verifica de un modo muy gradual, casi imperceptible. Quintanilla subraya con precisión la esencia de sus mensajes a través de la delicada gestualidad de sus manos, unas manos colonizadas de magulladuras, cortes y arañazos que no son más que la lógica prolongación del duro trabajo que soportan.

—A lo largo de la historia, el ser humano, en función de sus creencias, determinadas por sus condiciones de vida, ha tenido la necesidad de expresar su relación con el entorno, y su necesi-



dad de conexión con la trascendencia, a través de lenguajes, y estos, evidentemente, han ido cambiando cuando se han producido adelantos tecnológicos o cambios en el pensamiento. El Arte ha sido y es un perfecto reflejo del individuo, en cada lugar, en cada espacio y en cada tiempo. Vivimos en un mundo banal, anodino, superfluo, estúpido, egocentrista, donde los individuos se están mirando constantemente el ombligo, pretendiendo ser adorados, admirados, endiosados, por no hacer nada, por no decir nada, por buscar nada. No encontrando obviamente nada, se utilizan lenguajes confusos, que no se sabe muy bien a qué disciplina pertenecen, si a las artes plásticas, a la literatura, a la psicología, o simplemente al arte de engañar y confundir.

Insistimos en explorar la veta museística, pero ahora centrándonos por fin en la esfera más personal. Hace muchos años que a Víctor lo mueve la ilusión de poner al servicio de los ciudadanos un museo en La Línea, un museo que recogerá tanto su obra artística como sus colecciones de objetos de gran interés artístico e histórico. Le preguntamos a Quintanilla si es éste el proyecto que más te motiva al día de hoy. Su respuesta está llena de imágenes poderosas: «Como Ícaro, que voló hasta el sol, quisiera yo volar al sol del entendimiento. Como Laocoon luchando contra las serpientes para salvar a sus hijos, lucho para salvar a los hijos de mi pueblo de las alimañas del mal. Como el pequeño pastorcillo que se enfrenta al gigante Goliat, vencéndolo con inteligencia. Con el vigor de un Doríforo, lanzar una flecha de luz al cielo para que no existan tinieblas. Toda mi vida, todo mi esfuerzo, todo mi sacrificio ha estado y está al servicio de hacer realidad el nuevo Faro de Alejandría». Y cierra sus palabras poniendo en relación su proyecto con su ciudad diciendo que «el pueblo es el escenario en el que se desarrolla lo mágico de nuestra vida, que es la niñez: espacio y tiempo donde están congeladas para la eternidad las experiencias de amor

de nuestros seres queridos que ya no están, o lo están seguramente de otra manera». En este punto, le pedimos una valoración acerca de si el logro de su propósito compensará la lucha que protagoniza desde hace décadas y los continuos sacrificios que en lo personal y en lo económico demandan tan colosal iniciativa. Al respecto, Víctor no titubea: «Dice el refrán que no hay más ciego que quien no quiere ver, ni más sordo que quien no quiere oír. Desde mi posición, quiero lo mejor para el mundo. Según mi criterio, cada cual debe dar lo mejor de sí mismo para mejorar el entorno. Si mi proyecto se culmina o no, siempre me habrá valido la pena, porque fui fiel a mis principios, y di todas mis fuerzas, todas mis energías, todo mi saber, por conseguirlo, pero... somos nosotros y nuestras circunstancias».

No cabe duda de que nos estamos dirigiendo a un gigante empeñado en tareas titánicas, o casi. Algo de titánico hay en la elaboración de los trabajos más monumentales de Víctor Quin-



tanilla. Nos preguntamos, y le preguntamos, si merece la pena el gran esfuerzo físico que requieren muchas de sus realizaciones. A su manera, coherente pero vaporosa, Víctor nos saca de dudas: «Me es totalmente indiferente si se valora mi esfuerzo o no, lo que hago es por convencimiento. Mi placer es mi lucha constante e insaciable, dónde los días no tienen nombre, ni los meses. Ni sé siquiera el año en que vivo, ni tengo ningún interés en saberlo. Estoicamente, con férrea disciplina, procuro trabajar al máximo cada día de mi existencia». Es fácil suponer que, a partir de esos cánones conductuales, el artista se aproxima más a la estampa de un lobo solitario que a la del artista complaciente que se apunta a todos los saraos sociales, y así nos lo corrobora con palabras breves pero rotundas: «No me siento integrado absolutamente en nada, ni en ningún aspecto de la vida. Soy antisociable total, ya lo he dicho antes. No quiero ser ni dejar de ser lobo solitario, simplemente quiero ser yo en cada momento, en cada lugar, con todas sus consecuencias. Soy consciente de todos los perjuicios y dificultades que esto conlleva, pero también del gozo de mi independencia. Del placer de ser auténtico y consecuente con mi personalidad, siendo impermeable a los ataques que recibo por la incompreensión de los mediocres».

Para aligerar el tono de la entrevista, y pidiendo antes disculpas por la tópica frivolidad de la pregunta, queremos que Víctor nos confiese cuál sería su obra elegida de entre todas





las que han salido de sus manos si sólo una le concedieran salvar de la destrucción. El artista nos sorprende con su respuesta: «No salvaría ninguna, porque mis obras están todas a salvo en mi mente, que las puede volver a hacer. Pero no sería necesario, porque cuándo algo se hace, aunque se destruya, permanece en la eternidad. Una obra podríamos decir que es la materialización a nivel inconsciente de una idea, una inquietud personal... Así que, realizada la obra, se puede destruir porque ya cumplió su misión, y con el mismo material desarrollar una y otra vez ideas diferentes, como cuando hacemos un castillo de arena en la playa y las olas lo destruyen, como una operación matemática que te lleva a una conclusión, a un conocimiento». Una vez más, Víctor rehúye la ligereza y responde desde el plano trascendental. Por eso el personaje histórico con quien le gustaría pasar una temporada en una isla desierta es Jesucristo, «porque posee la bondad y el conocimiento totales» y le gustaría reencarnarse en un águila «para vivir en las alturas y poderlo otear todo». Desde su vida espiritual tan activa, quiere finalizar la entrevista destilando un consejo a la gente de nuestro tiempo. Lo expresa así: «El conocimiento es el faro que ilumina el camino de tu vida. Aprende cuanto puedas, y caerás lo menos posible».

Mientras respondía a nuestras preguntas, hemos recorrido las dos plantas principales del edificio, donde una obra en los límites del surrealismo se agazapa a la espera de la eternidad.



Antes de despedirnos de él, se detiene Víctor ante la menina en la que trabaja, para colgar un antifaz metálico en el cráneo de vaca que le sirve de rostro. Esta menina entronca con las creadas hace más de tres siglos por Diego de Silva Velázquez, pero, por los elementos que la componen —hueso, cristal, acero y utensilios extravagantes—, y por la actitud en que la representa, acompañada de moscas gigantes y perros con fauces como cocodrilos, Víctor nos conduce con sus ensalmos desde el Siglo de Oro a la más rotunda actualidad. Va a ser verdad que las leyes que rigen el paso del tiempo nada tienen que ver ni con él ni con sus circunstancias.